

Introducción

Cuando era pequeño, un profesor del colegio me preguntó: «¿Qué deseas en la vida?». Sin pensarlo mucho, contesté: «Ser feliz». Mi maestro hizo un gesto de aprobación y reconoció que había escogido un buen ideal para la vida. Pero con el tiempo me fui dando cuenta de que no basta con anhelar la felicidad. Hace falta saber cómo lograrla. Muchos confunden felicidad con satisfacciones puntuales. Conforme una se agota van a por la siguiente y así sucesivamente. ¿No hay una manera de alcanzar la dicha y no tener que buscar más? La respuesta es el encuentro con una persona, Dios, de quien San Agustín declara en su famoso libro *Las Confesiones*: «Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansse en Ti». Ese descansar del que habla San Agustín consiste en cumplir con la voluntad divina, algo que puede sonar a falta de libertad, aunque justo se trata de lo contrario. Dios nos concede la libertad de obrar o no conforme a su designio, sabiendo que solo alcanzaremos la felicidad plena en

sintonía con Él. Cada acción libre que orientemos hacia el Señor nos hará crecer como personas. En caso contrario, habremos perdido una ocasión para amar y progresar en nuestro camino de santidad. San Pablo se muestra muy contundente a este respecto: «Si no tengo amor, nada soy» (cfr. 1 Cor 13, 3).

Los santos son quienes mejor han entendido que cada instante supone una oportunidad para amar. Teresa de Calcuta aseguraba que «hemos sido creados para amar y ser amados» y uno de los lemas principales de San Ignacio es «en todo amar y servir». La vida de todos estos santos fue dichosa y feliz porque se alineaban con la voluntad de Dios prácticamente en todo momento. Pero incluso ellos experimentaban caídas. San Pablo nos alerta acerca de una inclinación innata que mostramos hacia el mal: «El pecado que habita en mí» (Rm 7, 20). Este pecado puede alejarnos del plan de amor que Dios tiene con cada uno de nosotros. Es un misterio que nos supera y que solo nuestro Creador es capaz de iluminar (cfr. Rm 7, 24). El arma más poderosa que Él pone a nuestra disposición es un Sacramento con el que curarnos cada vez que caemos. Es como un botón de reinicio que podemos apretar cada vez que queremos empezar de nuevo, pues nuestra alma queda limpia de toda mancha tras pulsar esa tecla.

El Catecismo de la Iglesia Católica utiliza cinco nombres diferentes para referirse a este Sacramento: *penitencia, reconciliación, confesión, perdón y conversión* (CIC

1423-24). El motivo de que existan tantas denominaciones se debe a la enorme riqueza de esta particular forma de manifestarse la gracia divina.

De entre los cinco términos diferentes, el más recomendado por la Iglesia es el de la *reconciliación*. Sin embargo, todavía se emplea mucho el de *confesión*, debido a que esta palabra recoge el momento más visual del Sacramento: cuando el penitente se confiesa, es decir, cuando declara sus pecados al sacerdote.

Por el contrario, el vocablo *conversión* es el menos utilizado, probablemente porque se trata de un concepto mucho más complejo que el acto de confesar los pecados ante un sacerdote. La conversión consiste en un giro importante en la vida de una persona hacia un comportamiento mejor con los demás y hacia un tomarse más en serio su relación con Dios. Además, se trata de un proceso que suele llevar toda una vida. Incluso en casos como el de San Ignacio o San Pablo, donde se produjo un cambio fulminante en pocos días, hubo un posterior periodo de purificación.

Aunque confesión y conversión parezcan dos conceptos muy diferentes, en el fondo son dos caras de la misma moneda. Por eso he querido unirlas en el título de este libro. Jesús nos llama continuamente a la conversión, es decir, a irnos transformando poco a poco en criaturas santas. Para lograrlo, necesitamos confesarnos, es decir, regresar a su lado para pedirle perdón cada vez que nos alejamos de Él¹.

La lógica hace pensar que la persona más indicada para hablar sobre la Confesión sea un sacerdote, pues a lo largo de su vida habrá administrado miles de veces este Sacramento. No obstante, la visión de quien no pertenece al clero también puede resultar útil para el ciudadano normal, pues se sitúa al mismo nivel que la mayoría de las personas. El autor de este libro es un laico que ha vivido durante años etapas diferentes; de cumplimiento rutinario de este precepto, de dudas, de temor y vergüenza cuando se ha caído muy bajo, de abandono de la práctica, y de feliz reencuentro con el Señor, en quien pone su confianza a la hora de ir purificando lentamente su corazón. Querido lector, no importa que seas una persona que lleve acudiendo a este Sacramento ininterrumpidamente desde pequeño, que lo hayas descuidado o que nunca lo hayas recibido y simplemente sientas curiosidad por esa misteriosa rutina en apariencia que cumplen los fieles católicos y ortodoxos. El Sacramento de la Reconciliación es un tesoro de la espiritualidad y no deberías desaprovechar la oportunidad de disfrutarlo. Se encuentra a alcance de todos y no cuesta dinero. Basta que abras el corazón a Cristo, quien se entrega a través de la sencilla figura del sacerdote. Entonces verás cómo ese pequeño esfuerzo queda recompensado, igual que lo fue el protagonista del cuento “El rey de oro”, de Rabindranath Tagore. En este relato, un rey se dirigió hacia un pobre que pedía en la calle. Este último pensó que había llegado la hora en que por fin se solucionarían sus problemas. Pero cuál fue su sorpresa cuando fue el

propio rey el que le pidió al pobre que le ofreciera algo. ¿Se estaba burlando de él su majestad? Tras un momento de duda, decidió entregarle un grano de arroz de los puñados que llevaba en su alforja, a lo que el rey respondió dándole las gracias. Al final del día, al vaciar su contenido, el necesitado encontró un grano de oro. Entonces se puso a llorar diciendo:

– ¡Qué estúpido fui! ¡Si le hubiera dado todo mi arroz!

Que no nos pase lo mismo con el Señor. No seamos tacaños a la hora de acercarnos al Sacramento del Perdón. El Rey de reyes está deseando que le entreguemos nuestro pobre corazón para transformarlo.

Para despertar ese anhelo en nosotros, recorreremos diversas escenas de la Biblia que nos hablan del perdón de Dios, aprenderemos qué pasos seguir para realizar una buena Confesión y conoceremos algunos testimonios que no nos dejarán indiferentes.